

Interpretaciones enfrentadas de la historia de la sociología en Argentina. Las lecturas del pasado como disputas del presente

Juan Pedro Blois

Las palabras que se emplean entonces no son
medios para un análisis científico sino
propaganda política dirigida a obligar a los otros a
tomar una posición. No son las rejas del arado para
ablandar el terreno del pensamiento contemplativo,
sino espadas contra el adversario,
instrumentos de lucha.
Weber, *La ciencia como vocación*, 1918.

Introducción

Desde su creación en la Universidad de Buenos Aires a mediados del siglo pasado, la Carrera de Sociología ha tenido una trayectoria accidentada. Las cambiantes coyunturas políticas nacionales sumadas a la aparición de profundas controversias internas -que superaron en intensidad a las propias de todo ámbito de producción científica-, conformaron una historia en la que resaltan las rupturas sobre las continuidades. Lejos de seguir un proceso de institucionalización progresiva, como ocurrió en otras disciplinas, la sociología argentina se caracterizó por una pluralidad de enfoques heterogéneos que se impugnaban y excluían unos a otros. Donde las referencias teóricas, las formas de trabajo e, inclusive, el propio sentido de la sociología se convirtieron en objeto de álgidas luchas y controversias.

Sin un acuerdo básico sobre lo que la sociología era y debía ser, las reflexiones sobre los antecedentes de la disciplina en nuestro país, sobre el lugar que debía corresponder a sus distintos promotores, sobre las figuras e ideas a rescatar o a relegar, se convirtieron en un pretexto para tratar de fijar, de manera indirecta, los cánones y los límites de la sociología. Como se podrá intuir, la etapa "fundacional" inaugurada en 1955 con la creación de la Carrera y el Departamento de Sociología bajo la dirección de Gino Germani, fue un momento de activación de esas

disputas y, en décadas posteriores, se convertirá en un objeto recurrente del debate.

La simple narración o evaluación de lo ocurrido en esos años ha suscitado importantes desacuerdos entre los sociólogos argentinos. Bajo la forma del testimonio personal o de la reflexión más crítica y sistemática, la toma de partido -a favor o en contra de la "sociología científica"- ha sido una dimensión fundamental de las disputas. Sobre la figura y el proyecto de Germani, se concentraron apologistas y detractores.

El carácter fuertemente polémico de estas interpretaciones es comprensible si se recuerda que la reflexión sobre la historia de la sociología es siempre un ejercicio que responde a disputas del presente. Lejos de tener un fin exclusivamente cognoscitivo, el estudio del pasado se inscribe en controversias donde lo que está en juego es la imposición de una determinada definición de lo que es y debe ser la sociología, definición que se orienta a consolidar la reputación intelectual e institucional de cierta forma de entender y practicar la disciplina en detrimento de otras formas posibles. Así, el análisis de aquello que se recupera o se relega del pasado debe ser inscripto en conflictos donde se buscan jerarquizar ciertos capitales y descalificar otros, en luchas por la diferenciación y distinción de quienes sostienen ideas enfrentadas sobre la sociología. Como señala Bourdieu, cada participante de un campo disciplinario "desarrolla una visión de dicha historia adecuada a los intereses vinculados a la posición que ocupa en ella, ya que los diferentes relatos históricos están orientados en función de la posición de su autor" (Bourdieu, 2003: 25). Toda mirada al pasado, es innegable, se realiza en función de las necesidades y conflictos del presente.

En los últimos años, tomando distancia de las interpretaciones corrientes sobre la historia de la sociología debido a lo que denuncian es su falta de distanciamiento y de objetividad, una nueva generación de investigadores ha producido una serie de trabajos que han aportado un conjunto de ideas novedosas tendientes a complejizar y enriquecer el registro que los sociólogos tienen de la trayectoria de su disciplina. En la sección final de este artículo, nos referiremos a estos trabajos y su tentativa de ofrecer una perspectiva ajena a los "sesgos" y

“simplificaciones” que habrían introducido quienes elaboraron historias de la sociología al calor de agudas controversias y conflictos.

Apoyándose en dos interpretaciones de la trayectoria de la sociología que han alcanzado considerable difusión –la de Gino Germani (1964 y 1968) y la de Eliseo Verón (1974)-, este artículo se propone mostrar que por detrás de la inmediata preocupación histórica de ambos relatos había una apuesta por definir qué era y qué debía ser la sociología, que respondía a las disputas y conflictos propios del momento en el que esas reflexiones se realizaban. En este sentido, más que medir sus interpretaciones con lo que efectivamente ocurrió en un intento por descubrir las mistificaciones que sus intereses particulares les habrían llevado a introducir, lo que se busca es dar cuenta de las tensiones y conflictos que llevaron a estos sociólogos a construir determinados relatos, teniendo en cuenta a quiénes y contra quiénes dirigían sus argumentaciones. En primer lugar, se presentará el relato construido por Gino Germani. Luego, la crítica de Eliseo Verón al mismo. En tercer lugar, a modo de cierre, a la luz de lo dicho en las secciones anteriores, intentaremos problematizar ciertos rasgos que caracterizan a las investigaciones más recientes.

El relato de Germani

Una de las interpretaciones sobre la trayectoria de la sociología local sostiene que antes de la renovación intelectual e institucional de mediados del siglo pasado, momento en que se crea la primera carrera en nuestro país, no había habido sociología en sentido estricto. El momento que se abrió entonces es presentado, no sin cierta nostalgia, como un “período dorado”, de una vitalidad no igualada desde entonces. Allí, merced a la incorporación de las técnicas de investigación modernas, una “ciencia nueva” fue capaz de romper con formas de dar cuenta de la sociedad que carecían de rigor científico, basadas en las “impresiones” y en la “subjetividad” del observador. En esta versión, la figura de Germani es reivindicada como el introductor de la ciencia social en un medio dominado por el “irracionalismo” y el “oscurantismo”.

Si bien esta versión mucho debe al relato elaborado por el propio Germani, no es su obra exclusiva. Por el contrario, es también el producto

de la reapropiación y difusión continuada en el tiempo que ciertos discípulos o colaboradores identificados con su obra hicieron de aquel relato. Sin tener presente esto último, difícilmente se comprendería cómo luego de haberse alejado de la Carrera de Sociología y posteriormente del país -en un clima de fuerte hostilidad e impugnación hacia la "sociología científica"-, pudo perdurar el "mito de los orígenes" germaniano. Sin esta defensa del sociólogo italiano emprendida una y otra vez por quienes compartieron y comparten su forma de concebir la sociología, tal permanencia no hubiera sido posible. ¿Cuál es la razón de esta irrenunciable defensa? ¿Fidelidad al maestro? Es posible. Sin embargo en las disputas en torno a la figura de Germani se dirime algo más.

Para sus discípulos lo que está en juego allí es el valor de su propia trayectoria y de sus credenciales académicas e intelectuales acumuladas en tanto "continuadores" de la obra del "fundador" de la "sociología moderna". Un ataque a la figura de Germani no puede pues dejar de ser un ataque a ellos. Descalificar la "sociología científica" implica siempre una desvalorización de la forma de entender la disciplina en que se formaron, que practicaron y defendieron a lo largo de su carrera tanto como de los temas que estudiaron, muchas veces en explícita continuidad con las preocupaciones germanianas.

La discusión sobre el pasado de la disciplina no es nunca un asunto neutral. Lejos de ello, está siempre sujeta a controversias, de vívida y conflictiva actualidad en las que al ponerse en juego qué es y qué debe ser la sociología, se discuten y dirimen prestigios y ascendencias, valores relativos de uno y de otro estilo de trabajo.

La interpretación que realiza Germani de la trayectoria de la sociología local no puede ser dissociada del conjunto de iniciativas que desplegó en vistas a legitimar su empresa. Buscando la aceptación de un variado grupo de actores a los que pretendía convencer de las bondades del estudio sociológico de la realidad tal como él lo entendía, su relato buscaba diferenciar la "sociología científica" de las otras formas de entender y practicar la disciplina que competían por el control del mismo espacio intelectual. En este sentido, como señala Pereyra, el modelo explicativo construido por Germani "sobre los avatares de la sociología y

la ausencia de una experiencia de investigación sociológica previa a 1955 fue esbozado en el marco de una operación intelectual destinada a consolidar su lugar como líder indiscutido del campo sociológico local" (Pereyra, 2005: 646).

Germani se refiere a la trayectoria de la sociología en nuestro país y en América latina en varios escritos. Si bien a lo largo de los años fue haciéndose de una visión general que es retomada cada vez que aborda la temática, en cada oportunidad es posible hallar matices y énfasis diferenciados que responden a la coyuntura particular en la que intervenía en pos de promover y legitimar su orientación sociológica.

La reflexión sobre el pasado de la disciplina fue asumida por Germani de manera más detenida y con un mayor alcance en los primeros balances que realiza de la experiencia fundacional que lideró en la Universidad de Buenos Aires. Procurando ubicar aquella iniciativa en el marco general de la historia de la sociología de nuestro país, el sociólogo italiano elaboró un relato donde su figura aparecía como la del fundador de la sociología en tanto ciencia y donde se criticaban duramente las orientaciones que habían dominado el escenario de la sociología precedente. En la valoración de los hechos del pasado, su relato apuntaba siempre a distinguir y defender su empresa de las ofensivas de los distintos adversarios con los que tuvo que lidiar en diferentes momentos.

Germani buscó persuadir de las bondades de la "sociología científica" a un variado público: las nuevas autoridades universitarias, las organizaciones internacionales que promovían el desarrollo de la investigación social y, en términos más generales, los medios intelectuales y políticos locales. Su historia de la sociología articuló entonces diversos argumentos capaces de interpelar a distintos actores cuyas definiciones de lo que era el buen trabajo intelectual no siempre eran similares. Por lo demás, Germani era consciente de que desarrollar una audiencia amplia posibilitaría una base de legitimación mayor, capaz de enfrentar con mejores recursos a quienes hasta entonces habían dominado el ámbito sociológico local.

En esta operación ciertos rasgos de su trayectoria eran resaltados con el fin de lograr un "ajuste" a las nuevas circunstancias sociales, culturales e institucionales originadas en los cambios políticos que

siguieron a 1955, ajuste al "clima de época" indispensable para el éxito de su empresa. Así por ejemplo, su exclusión de la universidad en los años del peronismo y su participación en medios intelectuales liberales -como el Colegio Libre de Estudios Superiores- fueron enfatizados puesto que habían devenido antecedentes adecuados para asegurarse un lugar en la universidad renovada, sobre todo si se tiene en cuenta que sus principales competidores -aquellos que despectivamente denominaba "sociólogos de cátedra"- habían permanecido dando clases en la universidad. Como señalan Pereyra *et al.*, "Germani presentó claramente la secuencia de eventos de su vida como un acto de promoción personal. Usualmente remarcó su aislamiento de otros sociólogos del medio local durante su etapa de formación [...] Esta estrategia de promocionarse como un autodidacta, sumada a su capacidad para ubicarse en posiciones alejadas al peronismo, dio a Germani un reconocimiento que fue útil en su carrera profesional. (Pereyra *et al.*, 2007:8).

Por un lado, su relato de la trayectoria de la disciplina destacaba el compromiso que su forma de concebir y practicar la sociología mantenía con la investigación y los ideales científicos, énfasis que había resultado afín con el perfil que las nuevas autoridades universitarias buscaron promover luego de 1955. Cabe recordar que desde sus primeras experiencias en el Instituto de Sociología a principios de los cuarenta, los esfuerzos de Germani habían estado centrados en distinguirse de quienes por entonces dominaban el escenario de la sociología local a partir de la afirmación de la sociología como una "ciencia" diferente de cualquier "filosofía". Haciendo énfasis en lo metodológico -para lo cual su formación de contador recibida en Italia fue fundamental- más que en lo teórico -donde sus rivales no eran débiles-, Germani había podido hacerse un lugar en tanto experto en investigación empírica "en un medio más habituado a las letras que a los números" (Neiburg, 1999:191). Ello, sumado a su oposición al régimen peronista, lo habían convertido en "el candidato natural a la jefatura del nuevo Departamento de Sociología de la UBA" (Sobre esta coyuntura, puede consultarse: Neiburg, 1998:215-252).

Por otro lado, su relato resaltaba la apertura de la "sociología científica" hacia los desarrollos que se habían producido en la sociología a

nivel mundial, progresos que varias instituciones internacionales dependientes de la Organización de Estados Americanos o de Naciones Unidas así como algunas fundaciones internacionales como la Ford y la Rockefeller después de la Segunda Guerra Mundial buscaron fomentar. Germani se presentaba como el líder de una empresa intelectual decididamente comprometida con recuperar el "tiempo perdido" en la década pasada, introduciendo en el medio local los nuevos estilos de trabajo y formas de entender la disciplina dominantes a nivel internacional, orientaciones que, según afirmaba, habían sido ignoradas por quienes habían enseñado durante el peronismo (Sobre las relaciones de Germani y estas instituciones, Cf. Pereyra, 2006).

Finalmente, el relato presentaba la "sociología científica" como una herramienta indispensable para las instancias públicas que debían lidiar con los conflictos que se producían en las sociedades contemporáneas. En la visión de Germani, estas sociedades experimentaban un proceso de modernización y cambio acelerado, fenómeno respecto del cual la sociología moderna ocupaba un estatus peculiar: a la vez que era una de sus consecuencias –la "sociología científica" era un producto de la transición de la sociedad tradicional a la moderna-, era también una empresa destinada a reflexionar y echar luz sobre aquel proceso. Así, dirigiéndose a los decisores de políticas -y distinguiendo su sociología de aquella que la había antecedido a la que descalificaba como incapaz de generar la información necesaria para el desarrollo-, Germani afirmaba que la necesidad de contar con sociólogos profesionales lejos de provenir de una simple lógica académica, era también la consecuencia de los cambios sociales que se daban en el país. Como vemos, la interpretación de la trayectoria de la sociología tendiente a distinguir su orientación de la de sus adversarios, se hacía dentro de cierta matriz de pensamiento. El esquema de una sociedad en transición y en modernización daba la clave interpretativa tanto del origen como de las funciones de la sociología en una sociedad con determinados problemas a resolver.

El relato de Germani describía la trayectoria de la sociología bcal como una sucesión de distintas etapas muy asociadas a la historia política y social de nuestro país. Dada aquella matriz de pensamiento, no era posible entender el recorrido de la disciplina si no era en relación con el

contexto más general de la sociedad en que se desarrollaba. De hecho, los momentos que demarcaban los pasajes de una etapa a otra eran los mismos que señalan los grandes episodios de la historia nacional.

La primera etapa referida por Germani comprende la obra de los pensadores contemporáneos a la revolución de mayo y de aquellos pertenecientes a la "generación del 37". Si bien existe una valoración general que se mantiene en las distintas obras en las que se refiere al período, es posible advertir ciertas variaciones que responden a los desafíos que su forma de concebir la sociología tuvo delante en su lucha por legitimarse. Así, el juego de distinciones que realizó al referirse al "pensamiento social" varió de acuerdo a la coyuntura.

Puede pensarse que, en un principio, cuando en 1956 en *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, nuestro autor decía que los trabajos que en el pasado "se desarrollaron fuera del ámbito de la sociología" debían ser aprovechados en las obras "estrictamente" sociológicas (Germani, 1962: 7), la diferenciación del "pensamiento social" era un movimiento tendiente a lograr el reconocimiento de la autonomía y especificidad de la sociología en el campo intelectual más general y a procurarle un lugar de privilegio en tanto discurso científico (Al respecto, Cf. Rubinich, 1994). Sin embargo, en 1968, cuando ya instalado en Harvard volvía a reflexionar sobre el pasado, el entramado de distinciones era otro, ciertamente más complejo pues incorporaba otros actores.

La preocupación por diferenciar la sociología del "pensamiento social" perduraba: "Hasta hoy, para los más influyentes intelectuales argentinos, la imagen y el contenido de la sociología son percibidos según el estilo y el enfoque definidos por la tradición del pensamiento social. Martínez Estrada, uno de los mejores escritores, y uno de los más eminentes "pensadores sociales" contemporáneos, considera que el enfoque literario de Sarmiento es el más indicado para comprender la sociedad y sus problemas, y que constituye un ejemplo de lo que deberían ser la sociología y sus métodos". Sin desconocer que la percepción de un autor como "contemporáneo" no depende de un simple criterio biológico y de que no es necesario que la persona en cuestión siga con vida, resulta llamativo que Germani cuestione al ensayista basándose en afirmaciones que aquel había hecho en una obra de 1946. Es más

curioso aún si se recuerda que al poco tiempo de su fallecimiento, el sociólogo italiano lo había descalificado sin miramientos en una revista de amplia tirada. En esa ocasión había afirmado que luego de leer “toda la obra de Martínez Estrada para ver que había en ella de rescatable [Se había encontrado con que] No hay casi nada” (Citado en Terán, 1993: 69). ¿Por qué la virulencia de este ataque? ¿Se trataba una vez más de una iniciativa en pos de legitimar un discurso científico sobre la sociedad en un medio signado por el idealismo y el espiritualismo, o había algo más? ¿Germani apuntaba contra un autor que al momento de su muerte era resistido en medios intelectuales de las más variadas tendencias, o, en realidad, esta crítica era un ataque a ciertos sociólogos que se identificaban con estilos de trabajo y concepciones de lo que era y debía ser la sociología que no compartía?

Si en el pasado la prédica contra el “pensamiento social” había contribuido a la legitimidad de la sociología en el medio intelectual en general, ahora devenía también un argumento contra dos adversarios intelectuales e institucionales de cierta fuerza en aquel momento: por un lado, la “sociología de cátedra” y, por el otro, la franja creciente de estudiantes y sociólogos que, cuestionando fronteras trabajosamente edificadas por Germani, habían comenzado un movimiento tendiente a reivindicar el “pensamiento social”.

Respecto de la primera, preciso es recordar que, aunque había sido desplazada de la Universidad de Buenos Aires en 1955, mantenía el control de varias de las cátedras de sociología del interior del país y de instituciones de gran relevancia como la Asociación Latinoamericana de Sociología (Blanco, 2006: 222). En aquel contexto, Germani, dirigiendo sus cañones contra estos adversarios, alertaba en 1968 sobre la “notable influencia” que el “pensamiento social” había ejercido –y ejercía- para crear una imagen de la sociología entre el público y los intelectuales que, en competencia con la imagen de la sociología “como ciencia especializada” –en crisis por lo sucedido a partir de 1966-, contribuía a legitimar el tipo de aproximación al estudio de la sociedad “impresionista” y “literario” propio de quienes, según denunciaba, consideraban que la sociología era una “ciencia del espíritu”.

Respecto de los segundos, la crítica a Martínez Estrada apuntaba a cuestionar la creciente influencia de ciertos pensadores vinculados al ensayismo nacional y al revisionismo histórico en las nuevas generaciones de sociólogos. Si bien se trataba de autores que no se identificaban con aquel ensayista –más bien, todo lo contrario-, para Germani, era claro que compartían el mismo estilo “literario” del que había intentado desvincular a la sociología. Buscaba de esta manera oponerse también a quienes sin reconocerse como parte de la disciplina, encontraban cierto eco en un estudiantado crecientemente politizado, recepción que les permitía influir sobre la definición legítima de la sociología.

Dos números antes de que apareciera el artículo de Germani al que estamos haciendo referencia, la *Revista Latinoamericana de Sociología* había presentado una polémica entre Francisco Delich y Roberto Carri desatada por una reseña donde el primero realizaba un fuerte cuestionamiento a la obra de Arturo Jauretche *El medio pelo en la sociedad argentina. (Apuntes para una sociología nacional)*. El texto, luego de retomar las críticas que Germani desde hacía tiempo había dirigido a los enfoques “despreocupados” por la verificación intersubjetiva de sus afirmaciones, terminaba afirmando que el éxito editorial del libro – por lo demás, “farragoso, desordenado, repetitivo”- debía más a su sensacionalismo que a la “riqueza de sus enseñanzas” (Delich, 1967: 308). Como respuesta, Carri hizo una encendida defensa de “los aportes al conocimiento de la realidad argentina” de la obra, cuestionando la ceguera propia del “sociólogo académico” quien siempre al procurar “una adecuación formal de la realidad al esquema lógico que acepta acríticamente”, “expresa en su obra el punto de vista de los intereses coloniales” (Carri, 1968: 127).

Según afirma Germani en 1968, el problema no era la pervivencia del ensayismo al cual le reconocía cierta riqueza e imaginación, sino su pretensión de sustituir a la sociología cuando, en realidad, su “falta de rigor” y “culto a la palabra” -aunque también su función “moral” y “política” “sumamente necesaria en nuestro tiempo”-, lo ubicaban en un registro ciertamente distinto al de la ciencia. Sociología y “parasociología” podían convivir aunque no entremezcladas en un plano de igualdad.

Como se indicó antes, 1955 no marcó la desaparición de aquellos que habían tenido a su cargo las cátedras de sociología durante el peronismo. En tanto reclamaban la identidad de sociólogos, pretendían representar nacional e internacionalmente la disciplina y disputaban el control de un mismo campo intelectual, el conflicto con la empresa liderada por Germani fue inevitable (Blanco,2006:219). El sociólogo italiano, al considerar las dos etapas siguientes en la trayectoria de la sociología local, momentos en que precisamente había dominado la denominada "sociología de cátedra", apuntaba una serie de argumentos tendientes a legitimar la "sociología científica" y a descalificar a su competidora. Argumentos que también justificaban la exclusión que Germani había operado de estos profesores a la hora de formar el plantel docente de la nueva carrera.

La primera de estas etapas, cuyos límites Germani ubica en 1870 y en 1930, corresponde al predominio del positivismo en la reflexión social, momento en que la sociología logró insertarse en la universidad a través de la fundación de distintas cátedras, dando lugar a una primera institucionalización. Sin embargo, este hecho promisorio se había malogrado. Según advertía el sociólogo italiano -apuntando la crítica a sus competidores-, los profesores que daban los cursos, no obstante su orientación positivista, no se preocuparon por el estudio de los hechos sociales concretos, sino que, asumiendo el "rol de comentaristas", se dedicaron a la "exposición crítica de la teoría social y la historia de las ideas sociales". Lejos de promover la investigación sociológica, estos profesores se entregaron al comentario de teorías y a la redacción de libros de texto carentes de cualquier originalidad (Germani,1968:393). Por si quedaban dudas de que no se trataba de una reflexión sobre figuras del pasado como Ernesto Quesada o Agustín García, unas páginas más abajo Germani mencionaba que la más obra importante de Alfredo Poviña, por entonces principal referente de este grupo, era un "extenso libro de texto muy usado en América Latina" (Germani,1968:399).

La siguiente etapa, que va de 1930 a 1955, era definida por el auge de la "reacción antipositivista" de efectos, según afirmaba, sumamente perniciosos para el desarrollo de la ciencia social. La afirmación de concepciones idealistas que postulaban la intuición como vía de acceso

legítima al conocimiento de lo social, se había traducido en un renovado estímulo a las tendencias "impresionistas" y "anti-empíricas" "innatas en la cultura latina y española" (Germani,1968:395). La sociología fue entendida, entonces, como una rama de la filosofía –no como una ciencia- consagrada a la discusión eterna sobre "qué es o qué debería ser la sociología" (Germani,1968:396).

En su relato, Germani esgrimiendo la actualización y el profesionalismo –basado en la dedicación exclusiva- que suponía la "sociología científica", descalificaba a sus adversarios por "anacrónicos" y "aficionados", rasgos que según advertía los había incapacitado en el pasado –tanto como en el presente- para incorporar los patrones de enseñanza y de investigación sociológica "modernos". En un artículo referido a la situación de la sociología en América latina explicaba las razones de esta realidad. En las primeras décadas del siglo, afirmaba Germani, quienes se dedicaban a la sociología de manera subsidiaria se encontraban en una situación favorable para mantener un nivel adecuado de información "sin retraso" acerca del estado contemporáneo de la disciplina. Ello era así debido al carácter de la sociología en esa época –su incipiente especialización, su vinculación todavía estrecha con la filosofía y las humanidades, "elementos que facilitaban su accesibilidad y su aceptación por personas formadas con preferencia en las facultades de filosofía o de derecho". Sin embargo, desde hacía unos años, los cambios de la sociología a nivel mundial la habían convertido en una disciplina inaccesible para quienes por su formación y por su situación institucional como profesores de dedicación parcial carecían de los medios para mantener un nivel adecuado de información (Germani,1964:87). Así, Germani, dirigiendo munición gruesa contra sus competidores la mayoría de los cuales eran abogados, afirmaba que las nuevas condiciones –signadas por la creación de una carrera de sociología y la "cristalización del rol profesional específico de los sociólogos"-, habían excluido a los profesionales de otras disciplinas del ejercicio de la sociología. Ya no era legítimo dedicarse a la sociología si no era de forma exclusiva (Sobre la expresión de estas disputas en el plano institucional, puede consultarse: Blanco,2006:226-230).

En el relato de Germani, las instituciones de la profesión que continuaban en manos de sus adversarios eran rechazadas por tratarse de realidades "sin contenido" sociológico verdadero. Así, en su opinión, la Asociación Latinoamericana de Sociología fundada en 1951 reflejaba las tendencias "precientíficas" de la disciplina en América latina, algo que derivaba de su "carácter prevalentemente no profesional y de la persistencia de tradiciones intelectuales que corresponden a una etapa que la sociología internacional ha superado" (Germani, 1964:85) (Sobre la formación de esta asociación pueden verse: Blanco, 2005 y Pereyra, 2007).

Pero Germani, como se indicó, no sólo reconstruía la historia en función de diferenciarse de los "sociólogos de cátedra". Con el paso de los años, la "sociología científica" debió hacer frente a críticas provenientes de nuevos adversarios. Algunos, inspirándose en la crítica a la sociología norteamericana que el sociólogo Charles Wright Mills hiciera en *La imaginación sociológica*, buscaban descalificar al fundador de la Carrera y a su grupo de seguidores como importadores e imitadores de una sociología conservadora, en crisis en su medio local. En 1961, Germani había prologado aquella obra en lo que era un intento por impedir que la difusión de las críticas al *establishment* académico norteamericano sirvieran a quienes tuviesen interés en deslegitimar su empresa. Era claro que si la sociología norteamericana más profesionalizada era cuestionada, el capital que fundaba su liderazgo en el medio local se desvalorizaría. Así, en un intento de morigerar los efectos de la obra de Mills, el sociólogo italiano había afirmado que la crítica contra la investigación en institutos burocratizados y el llamado a la "investigación artesanal" sólo tenían sentido en un contexto como el americano pero nunca en un medio como el local donde todavía primaba la improvisación en el estudio de lo social. (Sobre el prólogo de Germani, puede consultarse: Rubinich, 1999:36-39).

Esta lectura, sin embargo, no logró acallar las voces opositoras. Así, para dar un ejemplo, Milciades Peña buscó deslegitimar la definición germaniana de la sociología a partir de la revalorización de dos cualidades: su formación marxista y su no pertenencia a la academia. Para ello encontraba en la obra Mills tendiente a combinar sociología y marxismo así como en su crítica al *establishment* académico

norteamericano, elementos con los que legitimar una ofensiva contra la "sociología científica". Haciéndose eco de los cuestionamientos de las jerarquías intelectuales en Estados Unidos, Peña buscaba propiciar un movimiento análogo en el medio local (Al respecto, puede consultarse: Tarcus, 2007). En su artículo de 1968, Germani no fue indiferente a este tipo de ataques. De manera breve, pero segura afirmaba que la "creciente burocratización y el desarrollo institucional inspirados en el "modelo norteamericano", no habían implicado en la Universidad de Buenos Aires una amenaza para "el papel crítico de la sociología" (Germani,1968:411).

Tampoco fue indiferente a la oposición de "ultraizquierda" del estudiantado y de ciertos profesores con la que había tenido que convivir en la Carrera y que finalmente había precipitado su alejamiento. Contra estos sectores radicalizados –de los cuales nos ocuparemos en la siguiente sección-, la estrategia fue descalificarlos como "expresión de ignorancia, de prejuicio y de aquella mentalidad paranoica que parece tan difundida en los países periféricos -que percibe a la sociología como una cruda forma de penetración ideológica del poder imperialista" (Germani,1968:411). A quienes reivindicaban el compromiso de sus ideas con el cambio social revolucionario y denunciaban el rol conservador de la "sociología científica", Germani respondía de manera provocativa que lejos de expresar un movimiento tendiente hacia una sociedad nueva, las resistencias de estos agrupamientos, de la misma manera que la de los sectores más conservadores de la sociedad –como la Iglesia Católica y ciertos franjas de las Fuerzas Armadas-, eran "una expresión de "tradición" o de características culturales orientadas en sentido anti-moderno" (Germani,1968:411). De acuerdo a la matriz de pensamiento germaniana, estos "obstáculos", si bien no inexorables, eran previsibles en el proceso de constitución de una disciplina científica de lo social.

Como hemos podido constatar a lo largo del desarrollo anterior, la interpretación que realiza Germani de la historia de la sociología nacional, con las complejas distinciones que debió trazar en diferentes momentos, ubica su figura como la del "fundador" de la "sociología moderna" que pudo, aprovechando las condiciones propicias abiertas en 1955, iniciar un programa de investigaciones que hasta allí había estado demorado. De acuerdo a este relato, antes de aquel momento, no había habido

sociología propiamente dicha. Si hubo algunos atisbos, fueron bloqueados por el régimen peronista, verdadera “década pérdida” en momentos en que la disciplina había experimentado un notable desarrollo a nivel mundial. Antes que de un proceso continuo y progresivo, la nueva ciencia había nacido de una ruptura abrupta sin continuidades con lo anterior, que debió comenzar “de cero”. El carácter disruptivo con el que era presentada la empresa germaniana había estado ciertamente ajustado al momento que a partir de 1955 se vivía en el ámbito universitario y, más en general, en los medios culturales y políticos de entonces caracterizados por la afirmación de un fuerte rechazo al régimen recientemente depuesto.

Antes de pasar a la siguiente sección de este estudio, es interesante destacar que Poviña, luego de ser desplazado por Germani de la Universidad de Buenos Aires, publicó en 1959 *Nueva historia de la sociología latinoamericana*. En su relato la idea de una ruptura fundamental en el desarrollo de la sociología argentina, con la que Germani buscaba legitimarse, estaba ausente. Por el contrario, lo que se destacaba era la continuidad que unía, desde el siglo XVIII hasta la actualidad, la reflexión de los pensadores del período colonial, de la revolución de mayo, de la “generación del 37”, del positivismo, de la “sociología de cátedra” y, finalmente, del “momento actual”. Todas estas etapas, “al complementarse, marcan la unidad armónica en su continuidad histórica” de los estudios sociológicos argentinos (Poviña, 1959: 27). Germani recibía en este relato la misma atención y era presentado en un plano de igualdad con aquellos a quienes había catalogado como “no-sociólogos”. Esta historia, desconociendo cualquier ruptura fundamental, en lugar de mirar hacia el pasado para mostrar la falta de conexión con el presente afirmaba el presente como continuidad del pasado. Claro, en un clima político e intelectual que buscaba dejar atrás el pasado inmediato, una estrategia de legitimación como esta, tendiente a defender la posición de los profesores que habían enseñado sociología en los años previos, tuvo pocas posibilidades de ser bien recibida.

El relato de Verón

La interpretación de Poviña no es la única que se opuso a la versión que ubicaba a Germani como el fundador de la "sociología moderna" en nuestro país. Otra versión, sin desconocer el año 1955 como un parteaguas, ha presentado a Germani como un sociólogo "cientificista" – antes que científico- que basó su obra intelectual e institucional en una corriente teórica elaborada en un país adelantado, incapaz por lo mismo de dar cuenta de la realidad nacional de un país "dependiente". Tras su pretendida "neutralidad valorativa", de acuerdo a esta visión, el sociólogo italiano escondía una ideología justificadora de la "penetración cultural del imperialismo".

Es necesario recordar una vez más que la construcción de este relato, lejos de ser la obra de un individuo, es el producto de la elaboración y actualización de quienes estuvieron, a veces desde distintas posiciones, enfrentados a la forma de entender y practicar la sociología defendida por Germani y su grupo de seguidores. Si en este caso se toma la interpretación que elabora Eliseo Verón -porque tuvo una importante difusión-, preciso es tener en cuenta que la misma formó parte de un relato más general.

Si bien el relato de Verón retoma varios de los argumentos que había empleado en sus disputas con Germani en los años previos, lo que estaba en juego en 1974, momento en que aparece su libro sobre la historia de la sociología en Argentina, era ciertamente distinto. La disputa no era ya con Germani, quien había abandonado el país hacía varios años, tampoco con quienes habían dominado la enseñanza de la disciplina hasta 1955 (aunque, como veremos, Verón no dejó de hacer referencia a estos sociólogos). El escenario de la sociología local había cambiado profundamente desde que a comienzos de la década del sesenta este sociólogo iniciara su ofensiva contra la orientación promovida por Germani.

En aquel momento, Verón, finalizado su posgrado en el exterior e instalado en el Departamento de Sociología, comenzó a realizar una serie de críticas tendientes a poner en cuestión el liderazgo intelectual e institucional del fundador de la Carrera. En su paso por Francia, Verón había conseguido una formación y credenciales académicas que le

posibilitaban, en el clima de creciente politización estudiantil y paralelo rechazo de las orientaciones funcionalistas, tomar distancia de la forma de entender la sociología en que había sido formado inicialmente. Desde una “perspectiva marxista de la sociología” –con la que buscaba distinguirse de la visión “funcionalista” de su maestro-, en un artículo aparecido en 1961 había criticado dos pilares fundamentales de la empresa germaniana, uno intelectual y el otro institucional. De un lado, la orientación general del programa de investigaciones y el ideal de la neutralidad valorativa que lo recorría. Del otro, los nexos que Germani había anudado con las instituciones de financiamiento externo que suponían, en su visión, una desmedida injerencia de las mismas en la orientación de las investigaciones (Cf. Verón, 1962).

A mediados de los setenta, sin embargo, las posiciones enfrentadas eran otras. En este contexto, con la historia como excusa, Verón apuntó fundamentalmente a distinguir su posición respecto de dos grupos que competían en las luchas por definir la sociología legítima. De un lado, quienes habiendo sido discípulos de Germani se identificaban con su obra y compartían su forma de entender la disciplina tanto como su reivindicación de la sociología como una profesión especializada. Estos sociólogos, excluidos de la Carrera de Sociología a partir de 1966, continuaban trabajando, aunque con menor visibilidad que en el pasado, en centros académicos privados como el Instituto Di Tella, el Instituto de Desarrollo Económico y Social o la Fundación Bariloche. Del otro, quienes aprovechando aquella exclusión –de la que el mismo Verón había sido víctima-, habían impulsado las “cátedras nacionales” y también quienes en el presente controlaban la Carrera. Estos sectores simpatizaban con el peronismo, rechazaban el “cientificismo” de Germani y promovían una forma de entender la sociología que, oponiéndose a la idea de profesión, la asociaba fuertemente con la práctica política.

Como es obvio, el relato de Verón no buscaba legitimarse ante la misma audiencia a la que Germani se había dirigido en el pasado. Signado por la creciente politización del campo intelectual y por la inestabilidad de las instituciones académicas que se habían visto envueltas en reiteradas intervenciones estatales, aquel ya no se dirigía a las autoridades universitarias o, claro está, a instituciones internacionales de apoyo a la

ciencia, sino a un público conformado por quienes se sentían, desde la sociología, comprometidos con el momento de fuerte implicación política que se vivía.

De la misma manera que Germani, la historia disciplinar es concebida como una sucesión de etapas estrechamente vinculadas a los cambios políticos y sociales de la sociedad argentina. Sin embargo, en su explicación, apelando a un universo discursivo marxista, Verón atribuye un lugar central al elemento económico. Para dar cuenta del desarrollo de la sociología local, el autor considera condición indispensable entender cuál es la dinámica de la "lucha de clases" y del "imperialismo". Batería conceptual que, distinguiéndolo claramente del instrumental teórico utilizado en el relato de Germani, era vital para la interpelación del público al que se dirigía.

Verón tanto como Germani elabora su relato en el marco de una matriz de pensamiento más amplia. Por supuesto, el modelo ya no es el de la modernización y el desarrollo. En su lugar, la clave que permite entender la trayectoria de la sociología es el imperialismo. Fenómeno que en aquel contexto, como señala Terán, "se fue perfilando como la categoría central capaz de explicar toda la trama de la historia nacional" (Terán, 1986: 240).

El período que abarca su reflexión es más limitado, aunque elaborado unos años después, se extiende más adelante en el tiempo. Desde comienzos de los cincuenta hasta mediados de los setenta, Verón define –compartiendo la periodización de Germani– tres etapas: la "sociología premoderna" durante el peronismo, la "sociología científica" de 1955 hasta 1966, y, por último, la etapa de la "sociología nacional", aun no cerrada en el momento en que escribe.

En el tratamiento de la primera etapa es posible constatar la menor presencia que los sectores que habían dominado la sociología hasta 1955 tenían en el momento en que Verón escribe su relato. Tan es así que en el apartado donde se procede a su análisis, la mayoría de las críticas son dirigidas a Germani. Sin peso cultural en las luchas en torno a la definición legítima de la sociología, estos sectores no constituían un adversario relevante al cual atacar o del cual defenderse. La reproducción de los argumentos de Germani bastó entonces al autor para descalificar a

la "sociología precientífica". Una vez más, el período demarcado por el gobierno peronista aparecía como una época de atraso, caracterizada por la obstaculización de la incorporación de una sociología "moderna": "En suma, entre 1946 y 1955, a nivel de las instituciones oficiales, no hubo prácticamente producción sociológica [...] El discurso que más específicamente expresaba la ideología oficial del peronismo careció de toda motivación que pudiera favorecer la investigación concreta de la realidad argentina, y en el plano universitario, se alió objetivamente a las formas más extremas del pensamiento de la derecha" (Verón,1974:30).

Distinta es la situación en el período dominado por la "sociología científica". Allí la crítica a Germani servía como argumento contra los "representantes del cientificismo", quienes, no obstante haber sido desplazados de la universidad, mantenían una presencia relevante en las disputas por la definición legítima de la sociología. Para dar cuenta del período 1955-1966, Verón elaboró una compleja explicación que pretendía demostrar que, más allá de lo que hubiera creído Germani o creyeran sus seguidores de la actualidad, esta sociología, lejos de ser una respuesta "neutra" o "técnica" a las necesidades que surgían de la transición de una sociedad tradicional a una moderna, había sido, en realidad, una vía de "penetración imperialista", una justificación, en el plano de las ideas del predominio estadounidense en una sociedad dependiente. Descalificación de peso en un momento en que las ideas asociadas a la "liberación nacional" concitaban el entusiasmo de amplias franjas de estudiantes e intelectuales vinculados a la sociología.

En aquel proceso, según Verón, había sido clave el rol del financiamiento que diversas instituciones norteamericanas habían dado a quien impulsaba la institucionalización de la "sociología moderna". El imperialismo, en tanto matriz de pensamiento, se ofrecía como clave interpretativa: "mientras el imperialismo norteamericano consolidaba la dependencia tecnológica de la economía argentina, las fundaciones norteamericanas invertían en la consolidación de la tecnología de las ciencias sociales en la universidad argentina" (Verón,1974:44,48). Este razonamiento no era de ninguna manera una simple reflexión retrospectiva. Estaba dirigido a quienes luego de 1966 se habían insertado en los centros de investigación privados donde "perduran los

lazos financieros y académicos con las Fundaciones norteamericanas, interrumpidos a nivel de la Universidad" (Verón, 1974: 102).

En pos de legitimar la propia posición y descalificar la de sus adversarios, varios de los argumentos que Germani había usado como armas contra quienes habían dominado el escenario sociológico hasta 1955, eran resignificados y vueltos contra sus seguidores por quien se identificaba como un sociólogo "al servicio del socialismo". Así, por un lado, la idea del fundador de la carrera sobre la tendencia hacia una "sociología mundial" con la que había buscado deslegitimar las posiciones de la "sociología de cátedra" asociadas a una defensa "anacrónica" de las "sociologías nacionales", era presentada por su crítico como el avance de una corriente particular -el estructural funcionalismo- con el mantenimiento del orden social. Por el otro, el énfasis en la investigación empírica que había diferenciado la orientación promovida por Germani en sus luchas con sus adversarios "tradicionales" era presentado como la afirmación de un empirismo vulgar que desconocía el rol de la teoría en la percepción de la realidad y sólo aspiraba a "recoger datos" para ser analizados "a la luz de teorías producidas en el exterior" (Verón, 1974: 51). Por último, la neutralidad valorativa, tendiente a distinguir conocimiento e ideología, era rechazada como una ilusión que, fundamentando una pretendida "marginación de todo compromiso político", hacía de esta sociología un discurso ideológico "en el que todo cuestionamiento de la dominación interna y externa está rigurosamente ausente" (Verón, 1974: 48).

Dado lo anterior, no es extraño constatar que Torcuato Di Tella y Jorge Graciarena, dos sociólogos identificados con la forma de entender la disciplina promovida por Germani y participantes protagónicos del período iniciado en 1955, coincidieran en ver, retrospectivamente hacia 1990, a Verón como "el anti-Germani" (citado en Noé, 2005: 199). Es que, como intentamos mostrar, sus discusiones en torno a la neutralidad valorativa y al rol del financiamiento externo así como su historia de la sociología argentina, lejos de remitir a una querrela entre dos sociólogos, implicaba una lucha entre visiones de la disciplina rivales, de cuyo triunfo o derrota dependía la jerarquización o devaluación de las credenciales de quienes se identificaran con una u otra forma de entender la sociología.

Cabe hacer una reflexión sobre las formas en que las historias de Germani y Verón se relacionaban con el pasado. Si el primero desechaba el pasado sin más y pretendía elaborar una nueva tradición “desde cero”, el último a pesar de sus fuertes críticas a la “sociología científica”, no dejaba de reconocer en el sociólogo italiano al introductor de una tradición comprometida con el desarrollo de la sociología como una ciencia. Si esa empresa se había extraviado debido al influjo intelectual e institucional del “imperialismo norteamericano”, la pretensión de impulsar la investigación científica de la sociedad constituía una vocación que debía ser continuada y prolongada en el presente. La crítica era, claro está, demoledora pero a diferencia de Germani encontraba en el pasado de la disciplina algo que rescatar y promover.

En el análisis de la etapa de la “sociología nacional”, Verón ajustaba cuentas con quienes se habían beneficiado con las exclusiones sucedidas a partir de 1966. Si contra los “cientificistas” reivindicaba una “ciencia al servicio del socialismo”, contra estos sectores que, en su crítica al cientificismo habían producido “un rechazo de la práctica científica misma”, realizaba una defensa de la distancia que debía mediar entre la ciencia y la política.

Ahora bien, ¿qué implicaba para Verón la defensa de la ciencia como una actividad distinta de la práctica política? ¿Se trataba de una discusión filosófica, de una controversia en torno a los fundamentos del conocimiento? Es probable. Sin embargo había algo más en juego: nada menos que el capital intelectual y académico acumulado desde que siendo un joven filósofo había decidido volcarse a la sociología. En efecto, tanto las credenciales conseguidas en su paso por Francia como las obtenidas en sus polémicas con Germani, podían perder todo su valor y prestigio, si la definición de la sociología promovida por los “anticientificistas” tendiente a descalificar las credenciales académicas en pos de la implicación política se imponía como la legítima.

En el pasado Verón no había quedado al margen de los ataques de los “sociólogos nacionales”. En la nota ya citada, Carri no sólo discutía con Delich sino que se dirigía a “toda una corriente entre los sociólogos argentinos”, al interior de la cual incluía a quien había realizado estudios con Lévi-Strauss en su paso por Francia. Criticando la tendencia a ver

“hacia afuera”, en lugar de tener “los pies sobre la tierra”, advertía: “Los “desarrollados” se reservan el derecho de modificar a su interés los grandes lineamientos académicos; a los pobres aldeanos les corresponde aceptar como “científicamente probadas” las nuevas conclusiones [...] Esto se ve muy claramente con las “modas” de sociología, a la sociología funcional le sigue el estructuralismo, y a éste le seguirá una nueva concepción científica, la última palabra en la materia. El problema se reduce a mantenerse en la cresta de la ola” (Carri, 1968: 128).

En su relato, Verón no ahorra críticas a Carri ni a otros representantes de esta corriente. Distinguiendo precisamente las dos realidades que los “anticientifistas” pretendían confundir, apeló a descalificaciones intelectuales y políticas. En lo que hace a las primeras, sostenía que los “sociólogos nacionales”, más allá de una “retórica oscura e indeterminada, que en el mejor de los casos podría clasificarse como filosofía social” no habían dado ninguna precisión metodológica o teórica que indicara cómo elaborar una sociología superadora de la “sociología neocolonial” producida por el cientificismo. Cuestionando sus pretensiones para definir lo que se entiende por sociología, Verón advierte que el “anticientifismo” no era una elaboración sobre las ciencias sociales sino que se trataba de un discurso político que “expresa los esfuerzos de ciertos grupos intelectuales por subirse al carro político del peronismo” (Verón, 1974: 80). Sin instrumentos conceptuales válidos, en sus disputas intelectuales con otros sociólogos, los anticientifistas sólo podrían apelar al “terrorismo intelectual”. Podrían “echar a ciertos científicos de sus cargos, evitar la publicación de ciertos libros”, pero nunca podrían contribuir a “comprender mejor la realidad social en que se ejercen la dominación de clase interna y la dominación imperialista externa” (Verón, 1974: 91).

En lo que hace a los argumentos de orden político, Verón no era menos duro. Contrariamente a la percepción que los “sociólogos nacionales” pudieran tener sobre sí mismos, Verón afirma que su conflicto con el “cientificismo”, lejos de responder a un enfrentamiento contra el imperialismo, expresaba en realidad una lucha “intra-clase” donde lo que se disputaba era asegurarse el control de la universidad. Consideraba, asimismo, como “puramente imaginario” la articulación con el “pueblo” o

la "clase obrera" que estos sociólogos afirmaban tener. En definitiva, antes que contribuir a la liberación de sus pueblos operaban en un sentido contrario: "Renunciar al conocimiento científico por combatir al cientificismo me parece una actitud objetivamente contra-revolucionaria" (Verón, 1974: 89).

Así, desde la "posición del científico de izquierda, de aquel que a la vez hace ciencia y asume una perspectiva revolucionaria", Verón intentaba distinguirse frente a quienes, disociando ciencia y política, pretendían hacer sociología desde la neutralidad valorativa, y ante quienes, confundiéndolas, privilegiaban las "credenciales políticas" en detrimento de las "credenciales académicas". Contra unos reivindica la implicación en la política, contra otros los antecedentes académicos en una lucha donde lo que se dirimía era precisamente la definición legítima de la sociología.

Consideraciones finales. Los sociólogos frente a su historia

A lo largo de este artículo hemos podido observar que en las disputas por el pasado que animaron el devenir de la sociología siempre estuvieron en juego intereses y apuestas del presente. Difícilmente podría haber sido de otra forma si se recuerda que del resultado de esas batallas dependía el prestigio relativo que se acordaría a los diferentes conocimientos y credenciales, desigualmente distribuidos, entre quienes se disputaban la identidad de sociólogos. ¿Qué valía más? ¿Conocer la obra de Freyer, la de Parsons o la de Marx? ¿Estar al tanto de las últimas discusiones filosóficas o saber operar con un coeficiente de asociación? ¿Haber realizado un posgrado en el exterior o haber militado en alguna agrupación política? Tales eran algunas de las cuestiones que, según pudimos ver, se dirimían cada vez que los sociólogos discutían sobre la historia de su disciplina.

Tanto la historia elaborada por Germani como aquella propuesta por Verón han sido, según la expresión de Blanco, "historias normativas", es decir, historias "organizadas y presididas por la asunción de una "norma" o ideal de lo que debe ser la disciplina [...] más preocupadas por juzgar los textos (o fijar una posición en el campo) que por comprenderlos, y, en tal sentido, [...] destinadas menos a comprender un

proceso que a legitimar una determinada concepción y práctica de la disciplina" (Blanco,2006:20).

En los últimos años, una nueva generación de investigadores se ha dado la tarea de realizar una historia de la sociología argentina desde una perspectiva que busca mantenerse al margen de las apuestas asumidas por las distintas "historias normativas". Este tipo de mirada tuvo como antecedente inaugural un artículo de 1993 en el que su autor propuso elaborar un análisis que, rompiendo con la "mirada espontánea de los sociólogos sobre su disciplina", presa de diversos "intereses" y "pasiones", tomara distancia de las distintas posiciones en juego (Cf. Sidicaro,1993).

En esta línea, estos investigadores han reivindicado su distanciamiento generacional y su prescindencia de controversias que ubican en el pasado como sendas cualidades que les permitirían escapar de los "sesgos" y "simplificaciones" que dominarían a las "historias normativas". Su labor, sin pretensiones de imponer o recuperar cierta tradición en detrimento de otras, apunta a recuperar elementos que complejicen y den una visión más precisa y fiel de lo efectivamente acontecido. Contra las mistificaciones heredadas del pasado proponen una mirada que "alejada de las revanchas y las zancadillas generacionales", estudie con "ojos más jóvenes el desarrollo de la disciplina" a partir de un esmerado y preciso trabajo documental (Pereyra,2005:647).

Ahora bien, si es cierto que la investigación detenida e informada puede contribuir a formarnos una mirada más "equilibrada" que recupere los matices y tonalidades propios de todo proceso histórico y que nos recuerde que las cosas no son nunca ni blancas ni negras, preciso es preguntarnos sobre las posibilidades de una visión *no* normativa de la historia de la sociología. De una visión que, siendo capaz de ponerse por afuera de las interpretaciones enfrentadas, nos permitiera eludir la toma de una posición determinada en nuestra consideración del pasado. Así, cabría plantearse, si no habría ya en el mismo hecho de hacer una investigación de una determinada manera –en los conceptos que se utilizan, en las estrategias metodológicas que se emplean, en el estilo de escritura que se escoge, etc.- una toma de posición sobre lo que es y debe ser la sociología. Ignorar esta realidad, asumiendo un punto de vista pretendidamente imparcial, ¿no sería caer en una contradicción entre lo

que se dice y lo que se hace? ¿La pertenencia a una nueva generación y el hecho de no haber participado de aquellas disputas evitaría la toma de una posición? Y si así fuera, ¿la historia de la disciplina debería ser siempre cosa de jóvenes porque las viejas generaciones tendrían miradas sesgadas por intereses particulares surgidos a lo largo de su trayectoria profesional? En definitiva, ¿en qué medida sería posible hacer una historia de la sociología sin asumir una norma sobre cómo hacer esa historia y, por lo tanto, sin adherir a una definición de la disciplina particular? Como nos recuerda Verón en las advertencias con que inicia su libro: "toda reconstrucción histórica se hace desde algún lugar" (Verón, 1974: 14).

Así pues la elaboración de una historia no normativa sobre la sociología aparece como una tentativa ciertamente problemática. De hecho, la intención misma de hacer una historia valorativamente neutral implica de por sí una peculiar forma de encarar el pasado, una forma de presentar la propia palabra, susceptible de poner en un plano secundario otras formas posibles. Cabría preguntarse entonces si no habría en esta búsqueda de neutralidad una apuesta sobre cómo y quién estaría legitimado para participar en las discusiones inevitablemente conflictivas y controversiales sobre la historia de la sociología.

Para terminar, quisiéramos hacer algunas observaciones que surgen cuando se consideran las nuevas historias a la luz de las interpretaciones realizadas en el pasado. Creemos que este ejercicio es sumamente instructivo y revelador porque la mirada a otro tiempo, en este caso como en cualquier otro, tiene la potencialidad de permitirnos desnaturalizar ciertas formas de ver el mundo asumidas como obvias en el presente. Así, las lecturas de la historia de la disciplina realizadas hace varios años, en contextos muy diferentes del actual, pueden proveer los medios para problematizar ciertas definiciones y estilos en la forma en que hoy se afronta la tarea de dar cuenta del pasado.

En este sentido, podríamos preguntarnos si, así como es lógico que explicaciones que apelan a denominaciones despectivas como "sociología tradicional" o que suponen claves interpretativas que -como la idea de dar cuenta de la fundación de una carrera de sociología como una "penetración imperialista"-, de acuerdo a los cánones actuales que definen la investigación, nos parezcan ciertamente problemáticas, ¿no

sería también lógico pensar que la práctica de la sociología como una actividad estrictamente académica –forma de practicar la sociología de la que el autor de este trabajo no escapa-, resultaría inaceptable para quienes veían en la sociología un insumo fundamental para intervenir de manera transformadora en la sociedad? ¿La búsqueda del conocimiento por el sólo conocimiento no supondría la misma indiferencia hacia las necesidades de la práctica que tanto Germani como Verón criticaban a los “sociólogos de cátedra”, aquellos eruditos profesores que se dedicaban al estudio de la historia de las ideas o a la permanente reflexión y discusión sobre las vinculaciones entre sociología y filosofía?

Cometeríamos, sin embargo, un error si atribuyéramos lo anterior a la naturaleza individual de quienes nos preocupamos por la trayectoria de la sociología local. Si Germani y Verón explicaban las orientaciones y los estilos de trabajo de los sociólogos por las condiciones sociales e institucionales en que realizaban sus tareas, parecería interesante entonces preguntarnos por las condiciones de producción en que se realizan las historias de la sociología más recientes. Con el retorno de la democracia hace ya veinticinco años, se abrió un período de reconstitución y desarrollo de las instituciones de enseñanza y de investigación en sociología que, no obstante fuertes restricciones y carencias, estuvo caracterizado por una notable expansión de las posiciones académicas. La sociología pudo así devenir para muchos sociólogos una profesión académica que, como cualquier profesión, premiaba ciertas capacidades, ciertos capitales y ciertas preocupaciones, en detrimento de otras. En este contexto, cabría preguntarse si aquellas inserciones y los estilos de trabajo “profesionalizados” que supusieron no habrían entrado en tensión con la vocación por intervenir en la sociedad que había motivado el trabajo de los sociólogos en el pasado, favoreciendo una situación –impensable desde aquellas perspectivas- en la que el conocimiento es tenido como un fin en sí mismo.

A la luz de la comparación con las miradas previas, surge otra peculiaridad propia de los nuevos relatos. En las reconstrucciones del pasado, según pudimos ver, para dar cuenta de la sociología los autores apelaban a insertarla en el marco de los procesos globales de la sociedad. Germani la entendía como el producto de un proceso de transición de un

tipo de sociedad a otro, Verón, por su parte, como el fruto de la dinámica de la lucha de clases y del imperialismo. Las nuevas interpretaciones, en contraste, tienden a aislar la sociología, sus instituciones e ideas como objetos que podrían ser abstraídos del conjunto de relaciones más generales del que forman parte y, otorgándoles cierta identidad que se mantendría a lo largo del tiempo, estudiados en la continuidad de su evolución y desarrollo. Tal enfoque, sin embargo, no resultaría evidente para visiones que postulaban que: "No se trata [...] de poner en relación una "disciplina científica" (en este caso la sociología) con "su contexto", como si de alguna manera este último término aludiera a una serie de factores externos, "agregados" al fenómeno central de la ciencia, y orientados a obstaculizar o favorecer el desarrollo del conocimiento (Verón,1974:16). Una vez más, parecería relevante preguntarse por los efectos que nuestras condiciones de producción actuales, con los estilos de trabajo que premian y los objetos de estudio "razonables" que inducen, tienen en la adopción de perspectivas y supuestos en otros tiempos rechazados.

Las observaciones realizadas más arriba no han estado orientadas a desconocer la importancia de las investigaciones recientes sobre la historia de la sociología. Lejos de eso, creemos que la abundante utilización que se hizo de ellas en la primera sección de este trabajo da muestra suficiente del valor y relevancia que se les acuerda. Estuvieron dirigidas, sin embargo, a problematizar ciertos aspectos de la forma en que tales miradas abordan la investigación del pasado. Pero, sobre todo, apuntaron a llamar la atención sobre el hecho de que en la reflexión sobre el pasado de la disciplina, tanto ayer como hoy, entran en juego apuestas tendientes a definir lo que debe ser la sociología en el presente, donde lo que se dirime en perspectivas nunca neutrales, es la definición legítima de la disciplina, la imposición de una determinada forma de concebirla y de practicarla que, como correlato inevitable, supone la jerarquización de ciertos estilos y credenciales y la desvalorización de otros.

Bibliografía

Blanco, Alejandro (2005). "La Asociación Latinoamericana de Sociología: una historia de sus primeros congresos". Sociologías. 14.

Blanco, Alejandro (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*. Buenos Aires: SigloXXI.

Bourdieu, Pierre (2003). *El oficio de científico*. España: Anagrama.

Carri, Roberto (1968). "Un sociólogo de medio pelo". *Revista Latinoamericana de Sociología*. Vol. 4, 1.

Germani, Gino (1962). *La sociología científica*. Apuntes para su fundamentación. México: Universidad Nacional de México.

Germani, Gino (1964). *La sociología en América Latina: problemas y perspectiva*. Buenos Aires: Eudeba.

Germani, Gino (1968). "La sociología en Argentina". *Revista Latinoamericana de Sociología*. Vol. 4, 3.

Neiburg, Federico (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza.

Pereyra, Diego (2005): "Gino Germani y un relato biográfico esencial". *Desarrollo Económico*, 44, 176.

Pereyra, Diego (2006). "Los científicos sociales como empresarios académicos. *Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencia Política y Sociología*. UNLM.

Pereyra, Diego (2007). "The Asociación Latinoamericana de Sociología. History of regional sociological organization in Latin America (1950s-1960s)". *Sociology: History, Theory and practices*, Russian Society of Sociologists, Glasgow, 8.

Pereyra, D., Denot, M. y Casco, J. (2007). "Traditions, institutions and profession in Argentine sociology. A hard to solve puzzle", Inédito, mimeo.

Poviña, Alfredo (1959). *Nueva historia de la sociología latinoamericana*. Córdoba: Assandri.

Rubinich, Lucas (1994). "Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones". *Entrepasados*. IV, 6.

Rubinich, Lucas (1999). "Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los años sesenta". *Apuntes de Investigación del CECYP*, III, 4.

Sidicaro, Ricardo (1993). "Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 517-9.

Tarcus, Horacio (2007): "El marxismo contra la sociología académica: Introducción a la crítica Milcíades Peña a Gino Germani", *Sociología en debate*, 1.

Terán, Oscar (1986). "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", en *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos.

Terán, Oscar (1993): *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires: Cielo por Asalto.

Verón, Eliseo (1974). *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento*, Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

Verón, Eliseo (1962). "Sociología, ideología y subdesarrollo". *Cuestiones de Filosofía*, 2/3.